

*Cena*, demasiado humano, en su desdeñoso presentimiento de la traición, y a un tiempo ya en el éxtasis de su divina tragedia! ¿No han visto ojos mortales en su *San Juan* como una inquietante y lejana sonrisa de joven fauno? A parecidos extremos ideológicos convergen muchas antinomias de sus aforismos, cuando no divergen de un vértice ideas que parecían inseparables, prestándose con ello a libres ejercicios mentales, por la independencia en que nos abandonan, como algunos *Pensamientos* de Blas Pascal, en quien se aunaban también el genio matemático y las más audaces vistas filosóficas.

«Naturalmente, toda cosa desea conservarse en su esencia». Séame perdonado la irreverencia de esta breve meditación al borde de ese esquema leonardino, aún a riesgo de apartarme de su sentido exacto y de extraviarme en las oscuridades.

En la naturaleza, al alcance de nuestras percepciones, todo, por el hecho de propender a mantenerse en su esencia, tiende por lo mismo al reposo. Todo en el universo parece, en efecto, preferir la estabilidad, pero esa tendencia conduciría a la muerte, si ella misma, para su propia defensa, no produjera el movimiento y la acción. El querer perpetuarse todo en su esencia es causa así, por las mutuas reacciones de los seres y las cosas, del dinamismo general del mundo, origen del desenvolvimiento de la inteligencia y de toda civilización.

El hombre no despertaría acaso de su quietud si lo que le es adverso no lo obligara, a cada momento, a reaccionar contra lo que pugna por despojarle de su íntima esencia o desalojarle de la posición adoptada, pasando así del estado estático al dinámico. Padeceríamos quizás de modorra sentimental si el corazón se sintiera herido únicamente por la flecha de la belleza y nunca por la brutal agresión de la fealdad. La absoluta sumisión al medio sería fatal al individuo y a la especie. Y es lo peor que esa sumisión puede ser fácilmente acogida por nuestra ingénita inclinación a la pasividad. Tal vez las doctrinas deterministas,—muy siglo XIX—negadoras de la voluntad y por consiguiente de la responsabilidad, son generalmente aceptadas más por esos cómodos motivos que por las cantidades de verdad que puedan contener. Fenómeno que, por lo demás, ocurre también con otras doctrinas, merced a las cuales podemos disculpar la inacción de no pocas porciones de nuestra existencia psicológica y física. Por otra parte, sería previo averiguar si el medio circundante comprime del mismo modo a seres y cosas, si obra uniforme e igualmente sobre todos ellos. Parece más bien que los seres animados, de acuerdo con su peculiar estructura biológica y necesidades vitales, poseen del medio nociones distintas, según los favorezca o los impela a resguardarse de sus rigores. Y no es aventurado opinar, como simple parecer de diletante, que en la escala animal el medio aparece fragmentado en zonas, según los órganos capacitados para conocerlas y utilizarlas en la especial subsistencia de cada ser o especie. Ceñida la periferia de nuestro cuerpo por los objetos y sucesos productores de nuestras sensaciones, no percibimos el ambiente en su totalidad, sino seleccionado por los puntos de la sensibilidad dispuestos a recogerlo. No es ninguna novedad añadir que objetos y sucesos no interesan por igual a todos los hombres, ni a éstos del mismo modo en cada momento. La sensibilidad, la imaginación, el intelecto de cada persona, no son excitados por las mismas antenas del ambiente, del contorno vital. Y no es paradójica, a mi juicio, considerar el medio más como una noción subjetiva que puramente objetiva.

Pero, perdiéndome en estas fatigantes divagaciones, me alejo del tema principal de esta lectura, que urge concluir.

La inmemorial lucha de los hombres y de los pueblos nace, pues, de su voluntad de conservar sus propias esencias, y el no lograrlo por completo y exclusivamente hace posible la consistencia de la sociedad. La justicia, en su forma más per-

fecta, es la manera de coordinar esos naturales antagonismos, pues la justicia, como cada cual la concibe para sí mismo, suele ser suprema injusticia para los demás. Así la justicia, articulada de los códigos o reglamentada por las costumbres, es base del relativo equilibrio entre los individuos, y para las colectividades es forma también más extendida de conservarse en su esencia, esto es, dentro de un molde que aspira a mantenerse invariable.

Adheridos a los sentimientos pacifistas, en los que se condensa nuestro amor a la estabilidad, no vacilamos en emplear la violencia para hacerlos victoriosos. Como se vió en la pasada conflagración europea, cuando cada país presentaba al vecino una rama de olivo, mientras ocultaba con otra mano la espada desenvainada. Amamos la libertad, pero ilimitada y según las pretensiones de nuestra peculiar esencia, que no se detiene sino en la valla o coto de la igual predisposición del prójimo. Porque el hombre es un animal jacobino, por fortuna casi siempre desarmado, que, en la práctica, no encuentra del todo mal la fórmula del Terror de 1793: «Sé mi hermano o te mato».

Circundados los hombres de fuerzas cósmicas, que desenvuelven sus esencias sin cuidarse de nosotros, para dominarlas y sostener las nuestras indagamos sus intenciones y secretos, con sutil maquiavelismo aprovechamos la discordia de los elementos y las guerras que suelen hacerse entre sí, por la misma ley que rige la conservación de su esencia y utilizamos sus energías, a veces furiosas, en las aplicaciones industriales y en el fomento de nuestro bienestar.

Nuestro amor al reposo, nuestra pereza, nos hacen diligentes, cuando en persecución de regocijada ociosidad, nos sometemos, más o menos mansamente, a los más duros trabajos. Inventamos, por deseo de quietud, máquinas que hagan innecesario el esfuerzo de nuestros brazos. Concebimos muelles sistemas de locomoción que supriman, en lo posible, nuestros movimientos musculares, y que, como el automóvil hagan de la velocidad un juego y de la prisa la ocupación de las horas desocupadas. Concebimos igualmente instrumentos musicales que nos deleiten sin afanes de aprendizaje, como la pianola, que más que la intervención del cerebro, requiere la ligera colaboración del pie. Con el cinematógrafo, viajamos cómoda y económicamente, y sin movernos de nuestro asiento, visitamos urbes magníficas, asistimos a fiestas mundanas, volvemos a ser, al influjo de paisajes iluminados por la luna, ingenuamente románticos, o, después de seguir la historia de algún niño robado por apaches o la de una doncella víctima de la concupiscencia de un bandido elegante, celebramos complacidos el castigo de los malhechores y el triunfo de nuestra moral teórica. El progreso moderno, de que es paradigma el de los Estados Unidos de América, está constituido, en gran parte, con esas artimañas de nuestro ingenio sedentario o adecuado a nuestra esencia. Y si el ideal comunista no ofreciera peligros en su implantación y no temiéramos a la dictadura del proletariado, acaso todos seríamos comunistas, para tener, en la ciudad roja, pan, habitación y música gratuitos y gozar de la rutinaria tranquilidad de nuestra persona, apenas interrumpida por los caprichos de las Evas, no siempre dispuestas a repartir sus gracias y hermosuras, por partes iguales, entre los Adanes de ese utópico paraíso.

Afortunadamente, la multiforme y misteriosa naturaleza, con sus propios medios se vale del querer cada cosa mantenerse en su esencia, y por consiguiente de su discordia, para poner en movimiento el maravilloso conjunto del universo y hacer la acción ilimitada y eterna.

*Jóvenes estudiantes y amigos:*

Como no seréis, lo espero, taimados picapleitos, ni maño-